

# AQUÍ EL TIEMPO ES OTRO

8. NUNCA NOS TUVIMOS,  
NUNCA NOS PERDIMOS  
FARID TAPIAS

SELECCIÓN DE TEXTOS  
DE AUTORES  
IBEROAMERICANOS



Farid Tapias

**NUNCA NOS TUVIMOS,  
NUNCA NOS PERDIMOS**



*“Entre el amor imposible y la presencia de la muerte  
transcurre el día...”*

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

## I

La despedida que Laurentino le hizo a su amigo Julio Carrascal fue más bien un juramento:

—Compadre, cuente con eso ¡palabra de gallero!

Su dicción cantarina de guajiro puro le dio más solemnidad a la promesa. Julio no sabía, que sería su último encuentro. El primer sábado de ese mayo, iniciaría el día con una pregunta que antes de ser terminada por su interlocutora, tuvo un dejo de mal presagio:

—Hola Julio, que pena llamarte tan temprano hoy sábado ¿tú sabes quién era Laurentino Pérez, cierto?

—¡Quiubo Clau!, si claro, mi compadre Laure, ¿por?, respondió.

Hubo un breve silencio. Julio entendió que las pesadillas que tuvo las últimas madrugadas de abril, en las que él veía el Cementerio Central de Bogotá, desde la orilla opuesta de la calle 26, en una hora incierta de

penumbra... eran la señal inequívoca de una tragedia próxima.

—Es que... Ayer lo mataron en un atraco. Su mamá quedó herida. Él recibió los disparos...

La última vez que Julio y Laureano se vieron fue un miércoles soleado. Se encontraron como siempre ocurrió, sin planearlo. Esta vez fue en pleno centro de la ciudad. Aunque usualmente ambos llevaban afán, siempre había tiempo para un café bien cargado o un par de cervezas. Luego de compartir opiniones sobre algún tema profesional, solían hablar de las letras y melodías de nuevos y antiguos vallenatos, rememoraban anécdotas de clases y parrandas, o cuando había más tiempo, Julio le pedía a Laurentino que le contara todas las minucias de las faenas de sus gallos de pelea. Esta vez, Laurentino evadió todos los temas de costumbre y sin rodeos ni cortesías, preguntó:

—¿Veee manito, que fue de Helena? Pensé que eso iba firme.

Julio quedó sorprendido. Solo tres personas sabían que él estuvo cortejándola. Decidió contarle todo a Laurentino. Al final, sabía que a pesar de ser el más

sociable de los guajiros que había conocido, también era él más prudente -y que detrás de todo, era un hombre taciturno que se había forjado en arduas batallas personales-. Laurentino escuchó con serena atención y una media sonrisa indescifrable las venturas y desventuras en las tácticas y estrategias que Julio usó para conquistar a Helena.

Al final de su relato Julio le preguntó:

—Bueno compadre ¿y tú cómo carajos supiste que yo estaba detrás de ella?

Él, sin rodeos le respondió:

—Es que yo los vi saliendo cogidos de gancho, del teátrico ese que queda allá arriba por el Chorro de Quevedo, luego vi que al rato te devolviste solo.

Sorbió un poco de su cerveza y continuó:

—Te tomaste unos tragos en el bar de al lado. Lo que me pareció curioso, compadre, es que no te metiste a la parranda vallenata. Yo estaba ahí. Te vi pasar y salí a buscarte. Mi sorpresa es que te sentaste como un pendejo a escuchar al *man* ese, el de rock en español, Ceratti, y tenías cara de trompá. Por eso, no te molesté.

Y remató:

—Compadre, se nota que la quiere de verdá. Y a ti ella no te gusta solo porque es noble y tiene el encanto de sus risos dorados y ojos marinos, sino porque al igual que tú, manito, ella es mujer de libros y poesía.

Julio se sintió desnudo ante el certero análisis. Para contrarrestar ese sentimiento solo atinó a decir:

—Ves, que tú a todo le sacas la letra para un buen vallenato. Ponle la música y me das la mitad de las regalías. Me voy antes de que me cierren la biblioteca.

Fue cuando Julio pidió la cuenta, pagó y con un fuerte abrazo le dijo:

—Laure, compadrito, déjame invitar, luego me compensas con lo que me toca de las regalías.

Laurentino antes de levantarse le dijo:

—Mira compadre, Helena también es de mis afectos. Me prestaba sus apuntes y eso me ayudó mucho. Yo sí creo que les iría bien juntos. Voy a ver qué puedo hacer.

Julio se aterró de la idea, y de si ese celestino más bien podría ser malinterpretado por Helena. Laurentino

entendió de inmediato la expresión de pánico de su amigo y ahí fue cuando soltó su despedida mirando a Julio a los ojos, transmitiéndole una inmensa sensación de alivio:

—Compadre, cuente con eso ¡palabra de gallero!

## II

Ese jueves de finales de abril, Helena Bernárdez se levantó con una melodía que no lograba descifrar. Sin embargo, rápido se olvidó de ella por todos los asuntos a resolver que le esperaban en su oficina. Al final de la tarde, la música volvió con un pedacito de la letra: *“De qué sirve la fuerza, que tu amor me relata, de que sirve tener, lo más fuerte del mundo y vivir sin tu amor”*. Un relámpago de la memoria le hizo caer en la cuenta de que fue uno de los vallenatos que le cantó su amigo Laurentino -que ella sospechaba como una conjura del cantante-, en un evento de caridad, hacía unos meses. Ella detuvo lo que estaba haciendo, se puso los audífonos y buscó en *YouTube*. De inmediato le apareció *“El más fuerte”* de Jorge Oñate. La escuchó

detenidamente y no pudo evitar sentir la canícula de su infancia en Barrancabermeja y el olor del Magdalena. Se preguntó a sí misma: “¿*Qué será de Laurentino?*” El teléfono la devolvió rápido a sus asuntos burocráticos, pero inconscientemente siguió tarareando la melodía con una sensación melancólica en su paladar.

Dos días después, Helena recibió en la tarde una noticia que la dejó absorta. Habían matado a Laurentino. No lo podía creer, él el tipo más amable y caballeroso, el que logró conmover al rector Hinestrosa y al Consejo Directivo, en contra de todos los pronósticos, para que lo reintegraran, no con un memorial sino con un poema, el de los cumplidos, el más agradecido de sus compañeros, pues juraba que más aprendía de los apuntes de ella que de las aburridas clases. “*¡No, no y no! ¡Mierda! ¡Pero si apenas anteayer me estaba acordando de él!*”, se dijo.

La velación sería esa noche y al día siguiente se lo llevarían a Riohacha para darle sepultura. No podía dejar de despedirse. Canceló todos los planes y se fue a la funeraria. Aunque ella sabía que Laurentino era conocido, se sorprendió de ver no solo a los más encopetados profesores sino a muchos trabajadores de

la Universidad, celadores, bibliotecarios, aseadoras, todos con la misma congoja y alguna anécdota divertida del finado. Helena comprendió que la dimensión de Laurentino iba más allá de lo que pudo ver como su compañera de clases y amiga. La bondad de su viejo amigo atravesaba todas las barreras sociales y económicas, lo cual la hizo entristecer más. Pocas veces habría de encontrarse en la vida con personas así. Siempre dispuesto a ayudar y a colaborar de corazón.

Mientras los recuerdos la bombardeaban, Helena lo vio salir de una esquina, escoltando el féretro recién llegado. Fue un *dejavú*, eso lo había vivido y sentido ya. Era Julio Carrascal. Había pasado mucho tiempo desde que una serie de malentendidos nimios y mutuos, sumados a inseguridades que ambos disfrazaron en una coraza de orgullo inquebrantable, los había alejado de tajo. Alguien la saludo y lo perdió de vista. Cuando volvió a buscarlo con una mirada rápida no lo encontró. Decidió ir a tomar aire con urgencia, pues de repente, la sala se llenó de coronas fúnebres como si fuera espuma, y la romería de gente, el exceso de luz fluorescente, y su dolor y los recuerdos, todo se hizo irrespirable e insoportable.

Logró salir con la sensación que el tiempo ahora iba más rápido, se sintió con ganas de correr, el mundo siempre injusto. Quería llorar y no podía. Su mano izquierda temblaba. No sé dio cuenta que había caminado hasta un callejón paralelo a la funeraria. Sintió que la llamaban, cuando volteó lo encontró de frente. Era Julio. Lo vio más alto, con más canas en las sienes y mucho más delgado que la última vez. Ella no lo dudó ni él tampoco, se abrazaron, ella con la cabeza en su pecho y él mojándole con sus lágrimas los rizados cabellos de oro. No necesitaban palabras, ambos sentían el mismo desamparo. Y en aquel momento, ella y él, nada más encontraban resguardado en los brazos y la tibieza del otro, en el olor inconfundible del otro. El ritmo cardiaco de Helena y Julio fue calmándose y él solo atinó a decirle:

—Aunque hace muchísimo no lo hago, y supongo que tú tampoco, hoy se me antoja que debemos fumarnos un cigarrillo.

Ella le inquirió:

—¿Tienes?

A lo que él le dijo:

—No, pero allá hay una chasita. Vamos, déjame invitarte.

La primera bocanada les dio alivio. Ambos se fascinaban con las indescifrables figuras de humo. Juntos, muy juntos en una banca sentían el peso de la nostalgia, del hermetismo de la realidad que los reencontraba. Del confort de estar juntos en la complicidad de un cigarrillo y su humo.

Julio contemplaba más que el humo, la refracción de los últimos destellos del atardecer en la cara de Helena. Grabando en la memoria cada milímetro del fino, diminuto, casi imperceptible, musgo blanco que cubría su rostro, ese bello rostro que tanto adoraba. Esos ojos marinos. Era a pesar de las circunstancias que los reencontraba, un momento feliz. Tenerla tan cerca a esa hora de un moribundo cielo rojo, uno que sabía imborrable para los dos.

Cuando Julio percibió que una lágrima grande se resbalaba por la mejilla de Helena, él se la secó con su pañuelo diciéndole:

—Mira que vaina, los wayuu lloran cuando nace un niño en su tribu, porque saben que se viene a sufrir,

pero parrandean para despedir al que se murió no una vez, sino varias veces por muchos años. Pa' ellos la muerte real es que nadie te recuerde más nunca.

Y remató:

— Hagamos honor a Laurentino y vámonos a festejar la memoria de mi compadre, no vaya a ser que nos jale los pies.

Helena al principio no supo cómo reaccionar, apagó el cigarrillo con el talón, agarró de la mano a Julio y le dijo:

— Sí, qué más da. Al final, como me dijiste siempre: “la vida son las vacaciones de la muerte”, vámonos.

Encontraron un bar cerca, que estaba desierto por la hora, lo que les permitió pedir las canciones a su gusto, la mayoría eran salsas y vallenatos de su época universitaria. Bailaban con una deliciosa nostalgia, con una delicada cadencia propia de los provincianos que se dejan arrastrar por el ritmo propio de cada canción. Abrazados y en armonía. En algún momento ella puso su mano en el cuello de Julio mientras él le susurraba a ella *“...busca por dentro, que pongo en juego todos mis*

*sentimientos, un beso y un abrazo exacto en el momento...".* Helena con los ojos cerrados sentía el cosquilleo que le recorría la nuca y se extendía por su espalda, por sus brazos. Se aferraba más a él. No quería que se acabara esa sensación, la energía que fluía entre los dos, ese acompañamiento exquisito. De repente un altisonante disco chillón, pero a la moda, los mandó a la mesa. Con una mirada ambos entendieron que debían irse, apuraron sus tragos. Helena ofreció su casa, era más cercana. Julio solo se detuvo a comprar una botella de ron *"La hechicera"* y dos botellas de un Malbec mendocino.

### III

Acomodados, pero ahora con cierta ansiedad, Helena se fue a la cocina a preparar un par de rones con gotas de Angostura. En la ausencia de ella, Julio no pudo evitar el hábito voyerista de husmearle la biblioteca; aparte de un poemario bilingüe de Leo Pardi y otro de la poesía selecta de Darío Jaramillo Agudelo, le llamó la atención un desvencijado *"Sobre héroes y tumbas"*.

Helena dejó los tragos en una pequeña mesa, puso andar el computador conectado a su equipo y sonó rock de Soda. Julio rompió la tensión diciéndole:

—Mira que estas con un corronchito sacado con espejo de las trojas de Cataca. Pon una vieja del Mick Jagger de “La Junta”, pon una vieja de Diomedes, no por mí, sino por el finado.

Ella soltó una risa diciéndole:

—No cambias, solo por el recuerdo de Laurentino.

Él le hizo caer en cuenta que ahora ella tenía dicción de costeña:

—Eso me pasa por andar contigo.

A lo que él rápidamente le ripostó en broma:

—Eso te pasa por ser costeña de agua dulce y criarte a punta de bocachico.

De nuevo el dulzor del ron y su olor a canela y vainilla reacomodó el ambiente. Helena se recostó sobre Julio, él la abrazó. Ella volvió a sentir la punzada de una nostalgia añeja, de lo que debió ser hacía unos años y no pasó. Helena casi susurrando, haciendo un esfuerzo

para no llorar, le pidió que le contara un cuento. Aunque Julio estaba también en su borrasca de recuerdos, comenzó a acariciarle la frondosa melena a Helena y le dijo:

—Cuenta la leyenda que mi tatarabuela Eufemia, una negra altísima, hija de esclavos llevados a ‘El Paso’ para el arreo de ganado, era muy devota de San Antonio. Cuentan también que su San Antonio era tan eficiente en la búsqueda de objetos perdidos, que desde el humildísimo acarreador de agua hasta los terratenientes la visitaban para que aparecieran las tinajas y los novillos extraviados. Pero el cura del pueblo, un español llamado Javier Campillo, casi la excomulgó porque cada 13 de junio, la procesión del Santo de ella llevaba a todo el pueblo, mientras que el santo oficial de la parroquia se quedaba huérfano de peregrinos y festejos...

Helena, imaginándose toda la escena de un pueblo sofocante y perdido del Caribe, empezó a reír sin control y Julio, contagiado también, lloró de la risa hasta que les dolió el estómago.

—Cuéntame otra por favor. Le dijo ahora, roja y radiante.

Julio le contó las historias del cachorro de raza rodeseana que perteneció a su tío Ciro; un cachorro tan inteligente que lo bautizaron ‘El bachiller’. Y la del gato ‘Artabán’ con sus ínfulas de rey mago extraviado y luego las aventuras de Toño Pata e’ palo y Juancho “El pirata”, ninguno de los dos marineros, sino un carpintero y un ayudante de maestro de obra. Todas las historias con su dramatismo, humor y forma particular. La noche pasaba y la botella se vaciaba. Él en un arranque le dijo:

—Parece que el espíritu de Scheherazade me poseyó, solo espero que cuando se me acaben los cuentos no me cortes la cabeza, o peor aún, me patees la lonchera.

Helena se acomodó frente a él, mirándolo, sintiendo el dolor de su nerviosismo, por primera vez detalló que los ojos de Julio eran marrones, de cejas y pestañas muy negras y risadas, heredadas de sus bisabuelos sefardís. Ella le dijo:

—Esta vez no.

Julio revivió la vez que estuvo más cerca de besarla en la penumbra del teatro. También pensó: “*No, esta vez no, maestro*”. Le acarició el rostro con ambas

manos y sin reservas se acercó a sus labios. Mejor de lo que ambos alguna vez se lo imaginaron: cálido, seguro, endulzado por el anhelo. Se separaron cuando empezó a sonar una melodía que Helena reconoció al instante “*El más fuerte*”. Julio, con la mirada ida le dijo:

—Ombe, sabías que esa era de las preferidas de mi compadre Laure.

En ese instante cayó en cuenta de la promesa que le había hecho Laurentino, y revivió en su mente la mirada y aquella última frase: “*Compadre, cuente con eso ¡palabra de gallero!*”.

Helena se sonrió al escuchar el disco y también recordó la última vez que Laurentino, antes de subirse a cantar en la fiesta de beneficencia, se le acercó y le dijo discretamente al oído:

—Mi vida, aunque él no está presente, esta y todas las que siguen te las dedica alguien que siempre está contigo en la distancia.

Laurentino brincó al escenario. Dirigiéndose a su conjunto vallenato, alzó su mano, con el trinche de la guacharaca como batuta y con los ademanes histriónicos de director de orquesta, hinchó el pecho

con una gran aspiración y empezó a cantar a todo pulmón y sentimiento: *“Señores voy a contarles, hay nuevo encanto en la sabana, en adelante van estos lugares, ya tienen su diosa coronada’...”*.

## FARID TAPIAS



Nacido en Santa Marta, Colombia, un miércoles de septiembre en 1985. Devoto a la literatura y alérgico a los encasillamientos. Inmigrante venturoso en la Isla de Van Diemen. Aprendiz de caligrafía y ebanistería. Buscador de no sé qué y abogado en mis tiempos libres.



Título: Nunca nos tuvimos, nunca nos perdimos.  
Autor: Farid Tapias.

Edición digital Hoja en Blanco: Septiembre, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

[www.hojaenblancoeditorial.com](http://www.hojaenblancoeditorial.com)

